

CONVERSACIONES HISPANO-LUSITANAS

Crónica del viaje del ministro de Asuntos Exteriores a Lisboa

(15 al 19 de marzo de 1961)

«En un mundo en crisis, perturbado, que perdió la noción de los fundamentos de su existencia y de las posibilidades de resistir, hay dos países que se empeñan en saber exactamente cuáles son los caminos ciertos del futuro y las condiciones indispensables de la supervivencia.»

Con estas palabras, saludaba el *Diario da Manhã*¹ el discurso pronunciado por el ministro de Asuntos Exteriores de España, excelentísimo señor don Fernando María Castiella, con motivo de la cena de gala que le fué ofrecida en el Palacio das Necessidades por su colega portugués, doctor Marcello Mathias, el día 15 de marzo de 1961.

Esta frase del importante periódico lisboeta resume, a nuestro juicio, el espíritu que presidió el viaje a Lisboa del señor Castiella. Portugal y España, enfrentados con una crítica situación del mundo, conscientes del momento en que viven, se esfuerzan, una vez más, por conocer los caminos del futuro y la clave de la supervivencia, y su esfuerzo es la prueba de un ánimo alerta y una voluntad firme que hoy son elementos de positiva importancia para la paz del mundo.

El viaje del ministro español de Asuntos Exteriores a Lisboa comenzó el día 14 de marzo de 1961 y terminó el día 19. Oficialmente, la visita comprendía solamente los días 15, 16 y 17, pero en realidad los contactos políticos personales comenzaron el mismo día 14, fecha de la llegada, y continuaron hasta pocos minutos antes de la salida de regreso para Madrid, el domingo día 19 de marzo.

La visita respondió a una invitación hecha a su colega español por el ministro portugués de Negocios Extranjeros y fué devolución de la que hizo este último a Madrid del 15 al 20 de febrero de 1960.

La estancia en Lisboa del señor Castiella coincidió exactamente con

¹ *Diario da Manhã*, Lisboa, 16 de marzo de 1961, pág. 1.

el debate del caso de Angola en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, celebrado el día 15 de marzo. Pocas semanas antes había terminado el espectacular episodio de la captura y rescate del transatlántico portugués «Santa María», y unos días después de las entrevistas de Lisboa se celebraba en París la llamada «Conferencia de países de la Europa occidental en pro de la amnistía de los presos políticos y exiliados españoles» (25 y 26 de marzo de 1961. Sala del Hotel Continental). Se iniciaban entonces también las conversaciones franco-argelinas y la Unión Surafricana se separaba de la Commonwealth, durante la Conferencia de Londres, después de que varios miembros afroasiáticos de aquella agrupación de países se manifestaban violentamente en contra de la política surafricana del «apartheid». La crisis de Laos alertaba a todo el mundo occidental ante el peligro de una nueva penetración comunista en el Sureste asiático. Rusia lanzaba con éxito otra nave del espacio y Marruecos desplegaba otra vez una política de agresiones y reivindicaciones contra la provincia española del Sáhara.

Es decir, que las conversaciones de Lisboa se realizaban en medio de una serie de alteraciones y crisis internacionales que acentuaban con énfasis el hecho incontrovertible de que el mundo cruza en estos momentos un verdadero «turning point» de su historia. Dentro de ese instante crítico y como ejemplo de la carga de subversión y desorden que, junto al progreso y la esperanza, lleva en su interior ese instante en que vivimos, se producía un ataque conjunto contra Portugal y España que apuntaba visible y directamente a desmontar en estos países cuanto pueda ser un elemento de firmeza, porvenir económico y prestigio.

A la luz de estas circunstancias y de la voluntad hispano-portuguesa de preservar enérgicamente su independencia política e integridad territorial, su propia personalidad y capacidad de decisión, es preciso observar los encuentros hispano-portugueses de marzo de 1961.

Hagamos a continuación una crónica de los hechos tal como se produjeron, día a día.

DÍA 14.

El ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, salió de Madrid en un avión especial de las Fuerzas Aéreas españolas, que despegó del aeropuerto militar de Getafe a las cinco de la tarde. Acompañaban al ministro, además de su esposa, doña Sol Quijano de Castiella, el embajador de Portugal en Madrid y la señora de Deslandes. Formaban su sé-

quito de colaboradores el director general de Política Exterior, don Ramón Sedó; el director general de la Oficina de Información Diplomática, don Adolfo Martín-Gamero; el director del Gabinete Técnico del ministro, don Gabriel Cañadas; el director de Documentación de la Oficina de Información Diplomática, don Alfonso de la Serna, y el secretario de Embajada, don Marcelino Oreja.

Hora y media después el avión del ministro español aterrizaba en el aeropuerto lisboeta de Portela de Sacavem.

Acudieron a recibir a los viajeros el ministro de Negocios Extranjeros de Portugal y señora de Mathias; el embajador de España en Lisboa, don José Ibáñez Martín, y su esposa, la condesa de Marín; el jefe de Protocolo del Ministerio de Negocios Extranjeros, ministro plenipotenciario señor Lencastre da Veiga; el secretario general del Ministerio, embajador señor Norton de Matos, y su esposa; el antiguo embajador de Portugal en Madrid, doctor José Nosolini, actual director del Banco de Angola, y su esposa; el brigadier França Borges, presidente de la Cámara Municipal de Lisboa; alto personal del Ministerio de Negocios Extranjeros y de la Embajada y Consulado General de España en Lisboa, así como numerosísimas personalidades portuguesas y españolas, etc.

Rodeado por un nutrido grupo de periodistas, el señor Castiella hizo las siguientes declaraciones:

«Siento una gran alegría por estar de nuevo en Lisboa. Vuestra hermosa ciudad guarda para mí muy gratos recuerdos. Pero además de esta razón personal, me satisface profundamente el volver a Portugal en un acto de reafirmación de la amistad e identificación que unen a nuestros pueblos. Vengo, invitado por el ministro de Negocios Extranjeros, doctor Marcello Mathias, a devolver la visita que éste hizo a España hace poco más de un año. Y aunque nuestros contactos son periódicos y todos entran dentro de la normalidad de las relaciones de dos países ligados por una amistad secular, hoy me complace especialmente decir que los españoles se sienten unidos a los portugueses en estos momentos de inquietud internacional. España, enlazada a Portugal por un pacto de firmeza bien probada, está y estará siempre a vuestro lado.»

A continuación, acompañado de su séquito y de las personalidades que acudieron a recibirle, el señor Castiella se trasladó al Hotel Ritz de Lisboa, en donde quedó alojada la Misión española.

Pocos minutos después de su instalación en el hotel, el ministro español tuvo su primera entrevista con el doctor Marcello Mathias, ministro de

Negocios Extranjeros. El contacto político fué así inmediato e inició, en una clara atmósfera de máxima cordialidad y comprensión, una serie muy intensa y fructífera de conversaciones que habían de prolongarse durante seis días.

DÍA 15.

Al día siguiente de la llegada, la Prensa portuguesa publicó la noticia con gran relieve tipográfico. Casi todos los periódicos coincidieron en reproducir las palabras finales de la declaración hecha por el ministro español en el aeropuerto: «España está y estará siempre a vuestro lado.» En esta frase Castiella había querido resumir no sólo el espíritu de la visita, sino el espíritu de una solidaridad, la peninsular, que obedecía a profundas e inmutables razones históricas.

La jornada del día 15 comenzó a las diez y media de la mañana con la visita al Presidente de la República, Almirante Américo Thomás. El Presidente recibió al señor Castiella en su despacho del bello Palacio de Belem, antiguo palacio real y hoy residencia oficial del primer magistrado de la nación. Hacía una clara mañana soleada de primavera temprana y las buganvillas azuleaban sobre el rosa pálido del palacio portugués. Todo el abra del Tajo brillaba bajo la luz, y el puerto de Lisboa, cerca de Belem, sonaba con el vasto rumor del trabajo: ulular de sirenas, ruido de grúas y trenes, resuello de calderas de vapor. En un muelle estaba atracado, terminando de acicalarse después de haber limpiado fondos en los astilleros españoles de Cádiz, el transatlántico portugués «Santa María». Portugal estaba en paz y en orden, e incluso parecía mentira que aquel hermoso barco que destacaba entre las innumerables siluetas de navíos del puerto hubiera corrido hacía poco tiempo una dramática aventura.

En este ambiente tuvo lugar la vista al Jefe del Estado portugués. El Presidente retuvo al señor Castiella durante cuarenta minutos en una interesante conversación, a la que asistieron el ministro portugués de Negocios Extranjeros y los embajadores de los dos países, Ibáñez Martín y Deslandes. Terminada la entrevista, el señor Castiella presentó al Almirante Américo Thomás a todos los miembros de su séquito, que aguardaban en un salón contiguo en compañía de altos jefes del protocolo portugués y ayudantes de campo del Presidente.

A las once y media de la mañana el señor Castiella era recibido oficialmente por su colega, el doctor Marcello Mathias, en el Ministerio de Nego-

cios Extranjeros o Palacio das Necessidades. Unos minutos después ambos ministros se trasladaron al Palacio de San Bento, residencia y despacho del presidente del Consejo de Ministros, en donde el doctor Oliveira Salazar recibió al señor Castiella, manteniendo con él una prolongada e importante conversación de más de dos horas.

La entrevista de San Bento, durante la cual los señores Salazar y Castiella pasaron revista a todas las cuestiones de interés mutuo para España y Portugal e hicieron un detenido examen de la situación internacional, marcó el momento políticamente más interesante de aquella mañana tan densa. En esta conversación, Portugal, a través de su jefe de Gobierno, y España, por medio de su ministro de Asuntos Exteriores, entraban una vez más en un contacto político personal que venía de nuevo a poner a punto ideas y opiniones en un intercambio fecundo, ocho meses después de la entrevista que tuvieron en Mérida S. E. el Jefe del Estado español y el doctor Oliveira Salazar.

El almuerzo del día 15 fué en privado, y a las cinco y media de la tarde el ministro de Asuntos Exteriores y sus acompañantes fueron recibidos por el brigadier França Borges en la Cámara Municipal. Los «Paços do Concelho» se encontraban engalanados para la visita, y frente al edificio una compañía con banda y música rindió honores al ministro español. Las principales autoridades civiles y militares de Lisboa se encontraban en la puerta principal de la Cámara Municipal, por cuya gran escalera, desde cuyo alto fué proclamada la República Portuguesa el año 1910, ascendió el señor Castiella para llegar al Salón Noble, en donde firmó en el libro de la ciudad y recibió un rico ejemplar de la obra *Lisboa, ocho siglos de historia*, de manos del presidente de la Cámara, quien obsequió también a la señora de Castiella con una fina copa de plata cincelada.

A continuación, el brigadier França Borges ofreció a sus invitados lo que tradicionalmente se llama en Portugal un «Porto de honra».

A las nueve de la noche, el doctor Marcello Mathias ofreció un banquete de gala al señor Castiella en el Palacio das Necessidades. También una antigua residencia real, «As Necessidades» es uno de los más bellos palacios lisboetas. Sus fachadas y sus patios, de color rosado, el tradicional color de los palacios portugueses, estaban iluminados y adornados con ese inimitable buen gusto portugués para la decoración. Los salones interiores aparecían deslumbrantes, y el gran comedor de gala constituía un verdadero alarde de finura y brillantez. La mesa, en forma de U, agrupaba en su

torno una importante lista de personalidades portuguesas y españolas². Al final del banquete, el ministro Marcello Mathias se levantó para ofrecer su homenaje al ministro de Asuntos Exteriores y a la señora de Castiella, y con este motivo pronunció un discurso lleno de cálida amistad y cordial cortesía hacia sus huéspedes y hacia España³. El señor Castiella, que lucía

² A la derecha del doctor Marcello Mathias en la parte presidencial estaban sentados: el ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella; señora de M. Mathias, presidente de la Asamblea Nacional y la condesa de Marín, esposa del embajador de España en Lisboa. A la izquierda, la señora de Castiella, el nuncio apostólico y la señora de Supico Pinto, esposa del presidente de la Cámara Corporativa. Al lado derecho (exterior) se sentaron: presidente de la Cámara Corporativa, embajador de la Argentina, embajador de España, señora de Saavedra Balmaseda, ministro de Chile, señora de Brugnini, secretario general del Ministerio de Negocios Extranjeros, señora de Franco Nogueira, encargado de Negocios del Uruguay, señora de Sobredo, gobernador militar de Lisboa, señora de Azeredo Perdigão, don Ramón Sedó, doctor Reynaldo dos Santos, don Alfonso de la Serna y coronel don Santiago Avial, agregado aéreo a la Embajada de España. Del lado izquierdo (exterior): ministro de la Presidencia, doctor P. Theotonio Pereira; señora de Leite Pinto, ministro de Defensa Nacional, señora de Martins de Carvalho, ministro de Educación Nacional, señora de Nosolini, procurador general de la República, señora de Olano Campuzano, embajador Deslandes, señora de Morales, encargado de Negocios de Colombia, señora de R. dos Santos, profesor Cordero Ramos, señora de Corte Real Pinto, director general de Negocios Políticos, doctor Azeredo Perdigão, don Enrique T. de Carranza y don Marcelino Oreja. Del lado derecho (interior): embajadora de Méjico, embajador de la Argentina, señora de Furtado dos Santos, ministro de las Corporaciones, señora de França Borges, profesor Marcello Caetano, señora de Guarderas, presidente de la Cámara Municipal, señora de Schwartz, encargado de Negocios del Ecuador, señora de Carranza, embajador Nosolini, ministro consejero Morales, don Adolfo Martín-Camero, don Gabriel Cañadas y doctor Pedro Pinto. Del lado izquierdo (interior): señora de Veiga Macedo, embajador de Méjico, señora de Norton de Matos, ministro de Sanidad, señora de Araoz, profesor Caeiro da Mata, señora de Silva Domínguez, encargado de Negocios del Perú, señora de Mosés Amzalak, gobernador civil de Lisboa, señora de González, profesor Mosés Amzalak, ministro consejero Schwartz y comandante Ramos Izquierdo, agregado naval a la Embajada de España. En las puntas de la mesa se sentaban el jefe de Protocolo, doctor Lencastre da Veiga, y el doctor Helder Mendonça e Cunha, también del Protocolo de Negocios Extranjeros.

³ «Señor ministro:

En nombre de mi esposa y en el mío propio expreso a vuestra excelencia y a la señora de Castiella nuestros más ardientes saludos y nuestros más afectuosos deseos de bienvenida.

España y Portugal se vieron hermanados estrechamente por la continuidad del territorio y por una herencia común de los mismos valores espirituales. El alma de los dos pueblos quedó hondamente impregnada con el mensaje cristiano y, tanto uno como otro, supieron difundirlo por el mundo gracias a la epopeya de los Descubrimientos,

la Gran Cruz de Santiago, que le había sido concedida aquel día, tras de agradecer las gentilezas recibidas respondió a su anfitrión con un discurso que causó una visible impresión en su auditorio y que arrancó al final una vibrante salva de aplausos. Al día siguiente, la Prensa de Lisboa se haría eco, con satisfacción admirativa, de este discurso, en el que el ministro español hizo una luminosa definición del momento internacional presente y una enérgica y valiente afirmación de la solidaridad peninsular⁴.

de los que se convirtieron en los principales artífices. Diferenciados en dos pueblos distintos, nos conservamos de este modo, y una misma conciencia formó el Pacto Ibérico, síntesis y cristalización de una política realista que conserva intactas todas sus virtudes, que hoy, tanto como en el pasado, es indispensable para nuestra convivencia de naciones libres.

Su presencia, señor ministro, es la confirmación del valor del Tratado de 1939 y de la permanencia de los sentimientos, así como de la línea política que lo inspiró. Política de lúcida previsión que ha permitido a los dos países, a despecho de tantas incomprensiones, poder continuar pacíficamente su camino, sin quiebra de las grandes tradiciones de honor y de valor que nos fueron legadas por nuestros antepasados.

Tal vez no se pueda considerar con optimismo la visión del mundo de hoy. Muchos peligros rodean a los países de Occidente por defender los valores de una civilización que poderosas fuerzas contrarias pretenden destruir sistemáticamente.

Para alcanzar este fin se aprovechan todos los medios y todos los terrenos, incluso aquellos que podían aparecer como lejanos o desviados de ese objetivo de destrucción. En esta lucha están hoy especialmente señalados España y Portugal, por su intransigencia en la defensa de una cultura, de una tradición y de un estilo de vida que constituyen legítimo orgullo para el Occidente, y que España y Portugal, fieles a su vocación, nunca se cansaron de propagar por el mundo. Pero nuestra cohesión y el temple de nuestro carácter son indestructibles.

La Iglesia Católica, aquí representada por la gran figura moral de su excelencia el nuncio apostólico, y los ilustres jefes de las Misiones diplomáticas aquí presentes, a cuyos países están unidos España y Portugal por los más íntimos y fraternales lazos de la Historia, de la cultura y del afecto, yo agradezco el honor que nos han concedido, tanto a mí como a mi mujer, al encontrarnos esta noche con todos ustedes.

Profundamente agradecido por la fidelidad de los sentimientos que vuestra excelencia ha manifestado siempre hacia mi país, hago votos para que lleve de Portugal tan gratos recuerdos como los que yo traje de su país al ir a él en visita oficial y en el que me fué dispensada una acogida que no olvidaré.

Saludo en vuestra excelencia al hombre que en los momentos de peligro supo siempre poner su vida al servicio de sus nobles ideales, al catedrático eminente, a la alta figura de la diplomacia, al inspirado coordinador de la política exterior del país hermano, así como a la señora de Castiella, que nos ha otorgado el privilegio de su presencia, llena de encanto y distinción.

Levanto mi copa por la grandeza y gloria de España y por la felicidad de su Jefe de Estado, Generalísimo Francisco Franco.»

⁴ «La vieja y noble cortesía portuguesa, la amistad fraterna de vuestro pueblo,

Terminado el banquete, comenzó una gran recepción, a la que acudieron prominentes personalidades de la vida política, diplomática y social de Lisboa, que llenaron los amplios salones del Palacio das Necessidades.

me han rodeado gentilmente desde que llegué a Lisboa y han dictado vuestras palabras, señor ministro, que yo os deseo agradecer aquí desde el fondo de mi corazón.

Siempre es un gozo llegar a esta ciudad, la clara y bellísima Lisboa, tendida al borde del río común, y sonora, como una caracola, de rumores atlánticos, de voces del gran mar familiar de los portugueses y españoles. Pero hoy, además, tiene mi visita un especial significado optimista y esperanzador. Pues estamos aquí realizando un acto de afirmación. Hemos venido a un encuentro en el que queremos seguir probando ante el mundo la decisión de dos pueblos que tienen un destino histórico propio, aunque paralelo, de guardar y exaltar la personalidad de cada uno, pero enlazándose en una alianza superior que les defienda de cualquier ataque a su independencia y a su común patrimonio espiritual. Esta es la trascendencia última del pacto que nos liga y que no es un pacto de circunstancias, sino un instrumento político ejemplar al servicio de todo cuanto une de manera valiosa y permanente a nuestros pueblos. Defendamos muy principalmente, con nuestra alianza, hoy reforzada, un estilo de vida, unas fórmulas nacionales para encarar nuestros propios problemas, y esta defensa no admitirá presiones exteriores que pretendan deformar nuestro perfil natural.

Razones de palpitante actualidad nos mueven a proclamar esta identificación que, por otro lado, tenemos siempre presente en nuestro ánimo. Vive el mundo unas horas de subversión y confusionismo. Asistimos con asombro a una larga serie de claudicaciones frente al peligro y el engaño, de complacencias y desmayos, en los que caen a veces los que debieran poseer una convicción más esforzada y un espíritu más alerta. En medio de este desorden universal y quizás porque nosotros estamos firmes y no ensayamos débilmente el hacernos perdonar nuestra legítima existencia, se ha desatado un verdadero ataque conjunto contra Portugal y España.

Pero no somos los únicos en sufrirlo. Allá donde exista en el mundo libre una posición de orden y de paz, allí se desencadenará tarde o temprano, con mayor o menor intensidad, una ofensiva que trate de destruirla. Con diferentes argumentos y por motivos diversos, otros países sufren también el asalto de los que pretenden abatir en ellos su condición de fortaleza del Occidente.

Los españoles estamos ya acostumbrados a esta clase de estrépitos. En el fondo, desde hace siglos nos ocurre algo parecido y la experiencia de los últimos años nos dice que esas campañas se vuelven contra sus autores pues el tiempo por sí sólo se basta para probar su inconsistencia mientras que en nosotros sólo provocan una benéfica reacción de energía y un esfuerzo de nuestra unidad. No nos combaten por nuestro pasado, ni tan siquiera sólo por nuestro presente. Nos combaten por nuestras inmensas posibilidades de futuro. Mas, justamente para garantizar ese futuro, nosotros seguiremos siendo fieles a aquella idea cristiana y humanista que fué la gran novedad de la época de nuestra expansión histórica y que hoy día, superando mil problemas y tal vez cometiendo errores, intentamos actualizar en formas políticas concretas que sirvan para resolver los problemas de nuestro tiempo.

Mas si nuestras fórmulas políticas han de tener una viabilidad será porque,

Día 16.

El programa del jueves 16 comenzó a las once de la mañana con una conferencia de los dos ministros en el despacho del doctor Mathias en el Palacio das Necessidades. Mientras los ministros conversaban, en una sala

además de apoyarse en fundamentos espirituales permanentes, tienen en cuenta con sinceridad y sin utopías las realidades humanas y sociales que nos son propias. Hace unos días, nada más, S. M. la reina Isabel de Inglaterra ha dicho unas sabias palabras al dirigirse, en un discurso, al mariscal Oyub Khan, Presidente de la República de Pakistán. Después de que ambos habían proclamado que cada país requiere formas políticas diferentes y que los ideales democráticos deben adaptarse a las circunstancias de lugar y tiempo y enraizarse en las realidades sociales, la reina Isabel dijo: «Las formas no son sagradas, pero sí lo son los ideales que hay tras de ellas. Estos ideales son frecuentes objeto de largas discusiones, pero creo que pueden ser definidos con pocas palabras: el servicio de Dios y la humanidad del hombre hacia el hombre». Nadie podrá decir que este ideal, tan breve y claramente expuesto por la reina Isabel, no sea y haya sido siempre el defendido por Portugal y España.

Al hacerlo así hemos procurado tener en cuenta el tiempo en que vivimos e incluso adelantarnos a él, como lo prueban la novedad y originalidad de algunos de nuestros intentos, en los que ningún conservadurismo reaccionario nos ha detenido. Pues si queremos institucionalizar fórmulas políticas de nuestra tradición histórica, al mismo tiempo un espíritu joven y renovador nos guía. No pretendemos ser los únicos que hayan acertado. Pero como acaba de decir el Jefe del Estado español, «nosotros somos una solución, no la solución, y como tal solución hay que considerarnos».

Tenemos, sin embargo, que seguir contando con la incomprensión y con la injusticia ajenas. A nosotros, los portugueses y españoles de hoy, se nos exige que en unos años remedemos males seculares y que alcancemos inmediatamente la perfecta fórmula política sin darnos el tiempo preciso para resolver antes los problemas básicos de nuestra estructura social y económica. Me recuerdan esos impacientes o acaso mal intencionados arbitristas aquella carta que con gran sentido del humor recoge John Fitzgerald Kennedy en su obra *Profiles in Courage*. Me refiero a la irritada contestación que dió a uno de sus electores el representante californiano McGroarty: «Uno de los infinitos inconvenientes de estar en el Congreso es que no tengo más remedio que recibir impertinentes cartas de un animal como usted, quien me dice que yo había prometido hacer la repoblación forestal de las montañas de la Sierra Madre y que ya llevo dos meses en el Congreso y todavía no lo he hecho. ¿Quiere usted irse al diablo?»

Mas no importa. Hemos puesto en un cuarto de siglo la Patria en orden y la hemos encaminado hacia un definitivo progreso. Hemos hecho posible que, por vez primera en mucho tiempo, una generación entera nazca y crezca en la paz y en el trabajo, y se enfrente con un camino desembarazado de viejos obstáculos. Y ahora, con la renovadora aportación juvenil, vamos a seguir laborando por un porvenir en el

contigua se inició una reunión de trabajo, a la que asistieron, del lado español, todos los miembros del séquito del señor Castiella, y del lado portugués, el secretario general del Ministerio de Negocios Extranjeros, embajador Norton de Matos, el director de Negocios Políticos, ministro plenipotenciario Franco Nogueira, el director adjunto de Asuntos Económicos, ministro plenipotenciario Paula Coelho y el jefe de la Sección de Servicios Políticos, ministro plenipotenciario Fernando de Oliveira. Presi-

que, disfrutando de la paz política e impulsando el progreso económico-social, sepamos con aliento creador defender y perfeccionar la personalidad de nuestros pueblos.

Frente a esta perspectiva, ¿qué presentan nuestros enemigos? Panoramas de subversión y desorden. Programas viejos, atrasados de muchos años. Posiciones simplemente negativas. Ni una idea nueva, ni un gesto positivo. Sólo vagas palabras en nombre de las cuales, como en tantas otras ocasiones, sucedió el reciente episodio del «Santa María», que si, pese a todo su escándalo, no ha conseguido sus objetivos, sirvió para poner nuevamente de manifiesto la firme solidaridad luso-española.

Solidaridad que ha de seguir manifestándose también en torno a los problemas africanos, que hoy ocupan la atención de todos. Sin perjuicio de otros aspectos de la cuestión, creo que el mundo debiera reflexionar sobre el absurdo que supone ese nuevo y estéril «monroísmo», que—con «slogans» lanzados un poco a la ligera—reparte los continentes con derechos exclusivos, atándose ciegamente a apariencias geográficas y olvidando superiores razones históricas, es decir humanas. Olvidando, por ejemplo, que Portugal no es sólo la tierra ibérica que va del Miño al Algarve, sino la gran tierra derramada desde Lisboa a Timor, a través de los continentes y los océanos, durante cinco siglos. Y que España es un país euroasiático, como la República Árabe Unida es un país afroasiático, y Turquía está establecida sobre dos continentes, y Rusia tiene unas fronteras que van del Pacífico al Báltico, y los Estados Unidos se extienden desde Hawai a Florida y, saltando por encima del Canadá, están legítima y soberanamente establecidos en Alaska. Esa especie de arbitrario monopolio de los continentes no es más que una contradicción de la historia y del «jus communicationis» de los pueblos, defendido por nuestros teólogos, al que deben su nacimiento muchas grandes naciones de hoy.

Y nada más, salvo reiterar el sentido afirmativo de este encuentro. La solidaridad que nos une es más antigua y honda que cualquier pacto, y por serlo, hace veinticinco años, en unas graves circunstancias de la historia de España, dió desde Portugal una prueba de sí misma que los españoles no olvidaremos jamás. En cualquier momento, esa solidaridad volverá a dar la prueba máxima si las circunstancias lo exigieran, porque responde a nuestra firme decisión de preservar nuestros valores más esenciales y de ser dueños de nuestro propio destino.

Permitidme, señor ministro, que en el nombre de mi mujer y en el mío propio os exprese nuestra gratitud por la amistad y hospitalidad que hemos recibido, y agradezco a la señora de Mathias el honor que nos ha concedido con su gentil presencia. Os pido a todos que brindéis conmigo por la prosperidad y grandeza de nuestro Amado Portugal y por la salud y felicidad de su ilustre Presidente, Su Excelencia el Almirante Américo Thomas.

dían cada grupo los embajadores respectivos. Durante la conferencia fueron tratados diversos asuntos de interés común, y se trazaron planes concretos de cooperación entre los dos países.

Terminada la conferencia, el señor Castiella se dirigió al Palacio de la Nunciatura Apostólica, en donde el nuncio, monseñor Giovanni Panico, ofreció a la una y media un almuerzo en su honor⁵.

A la noche, el ministro de Asuntos Exteriores y la señora de Castiella asistieron a una sesión de gala en el Teatro San Carlos, en donde fué cantada la ópera «El barbero de Sevilla». Estuvieron presentes el Presidente de la República y la señora de Américo Thomás, el ministro de Negocios Extranjeros y señora de Marcello Mathias, y los embajadores Deslandes e Ibáñez Martín, con sus respectivas esposas, así como todo el séquito español del señor Castiella.

DÍA 17.

Por la mañana, el ministro de Asuntos Exteriores y su esposa, acompañados por los embajadores Ibáñez Martín y Deslandes, visitaron la exposición de arte de la Fundación Gulbenkián, instalada en el Museo Nacional de Arte Antiguo.

A las dos de la tarde, el ministro de Negocios Extranjeros ofreció a sus invitados un almuerzo en el Hotel do Guincho, instalado en una antigua fortaleza costera reconstruida recientemente en la playa do Guincho, al pie del cabo Da Roca, a varios kilómetros de Cascaes⁶.

⁵ Monseñor Panico tenía a su derecha: señora de Castiella, cardenal-patriarca de Lisboa, señora de Ibáñez Martín, señor Arantes de Oliveira y marquesa de Cadaval; a la izquierda: señora de Arantes de Oliveira, doctor Marcello Mathias, marquesa de Tancos, embajador Deslandes y doctor Vieira Machado. Enfrente del nuncio de Su Santidad se sentaba el ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, quien tenía a su derecha a: señora de Mathias, duquesa de Palmela y profesor Caeiro da Mata, y a su izquierda: señora de Deslandes, embajador Ibáñez Martín, señora de Cunha, duque de Palmela y señora de Vieira Machado.

⁶ En uno de los lados de la mesa, el señor Castiella tenía a su derecha a la señora de Norton de Matos, don Ramón Sedó y don Marcelino Oreja. A la izquierda, a: señora de Marcello Mathias, embajador de España, señora de Deslandes, don Adolfo Martín-Camero y doña Elena Zafari Mathias, hija del ministro de Negocios Extranjeros. Enfrente se sentó el ministro de Negocios Extranjeros, quien daba su derecha a la señora de Castiella, subsecretario de Administración Ultramarina, doctor Norton de Matos y señora de Corte Real Pinto. Y a la izquierda: señora de Lojes Alves, don Alfonso de la Serna, condesa de Marín, embajador Deslandes, señorita de Ibáñez

A las seis de la tarde se celebró una segunda reunión de trabajo hispano-portugués en el Ministerio de Negocios Extranjeros, estando constituida la delegación portuguesa de la misma forma que en la reunión anterior, y la española, acrecentada con la presencia del ministro consejero de la Embajada en Lisboa, don Rafael Morales; por el consejero comercial, señor Schwartz, y por el secretario de la Embajada, señor Thomas de Carranza.

La reunión fué prolongada y de intenso trabajo. En contra de los anuncios hechos por algún periódico, no se hizo público ningún comunicado final de las conversaciones de Lisboa. Sin duda, cualquier texto oficial hubiera sido menos expresivo y más frío que las manifestaciones políticas hechas por ambos ministros con ocasión del banquete en el Palacio das Necessidades, así como el hecho de las constantes entrevistas y los permanentes contactos que se produjeron desde el día 14 por la tarde.

A las nueve de la noche el ministro de Asuntos Exteriores de España ofreció una cena de gala al doctor Marcello Mathias en la residencia del embajador de España, Palacio de Palhavã.

Palhavã es, quizá, la residencia diplomática más hermosa de Lisboa y la que tiene una mayor tradición y empaque. Fué primitivamente Palacio de Azambuja y cumplió la función de residencia real cuando albergó a los «meninos de Palhavã», infantes bastardos del famoso rey don Juan V, que allí pasaron largo tiempo. Tiene, en general, una traza arquitectónica típicamente portuguesa, de la que destacan sus dos características torres piramidales. El patio central de entrada y el parque están adornados por bellas estatuas del Bernini, y esta presencia italiana que embellece el patio portugués se advierte también en las columnas de la fachada principal.

En este marco excepcional se celebró el banquete con el que se cerraba la serie de los actos que tuvieron lugar durante la visita del señor Castiella ⁷.

Martín y don Gabriel Cañadas. En las cabeceras de la mesa se sentaron los señores Lencastres da Veiga y Mendoça e Cunha, del Protocolo, y el doctor Pedro Pinto, jefe del Gabinete del ministro de Negocios extranjeros.

⁷ En la mesa se sentaban los siguientes señores: ministro de Negocios Extranjeros de Portugal y la señora de Mathias; el nuncio apostólico, monseñor Giovanni Panico; el presidente de la Asamblea Nacional, doctor Albino dos Reis; el presidente de la Cámara Corporativa y señora de Supico Pinto; el ministro de la Presidencia, doctor Teotonio Pereira; el ministro del Interior y señora de Schulz; el ministro de Ultramar y señora de Lopes Alves; el de Educación Nacional y señora de Leite Pinto; el embajador de Portugal en Madrid y la señora de Deslandes; el embajador de la República Argentina en Lisboa y señora de Mairal; el embajador de España en Lisboa y la condesa de Marín; el doctor Paulo Cunha y señora; el rector de la Universidad Clásica de Lisboa, doctor Marcello Caetano; el señor José Nosolini y señora; el

Después de la cena hubo una brillante recepción, a la que asistieron más de trescientas personas de la sociedad portuguesa, así como españoles residentes en Portugal.

La visita oficial había terminado. Pero el contacto real había de continuar aún durante los días 18 y 19, a través de los cuales los ministros Marcello Mathias y Fernando María Castiella aún encontraron diferentes ocasiones de conversar, en una serie de diálogos o cuerpo de entrevistas a las que en el futuro no será extraño que nos refiramos como «las conversaciones de Lisboa» de 1961.

* * *

Parece importante hacer unas reflexiones finales acerca del sentido de las conversaciones de Lisboa.

Teniendo en cuenta, como decíamos más arriba, las circunstancias internacionales que las rodearon, estas entrevistas se presentan ante nosotros como una expresión viva y actuante del Pacto Ibérico, como este mismo Pacto en operación. Se trata de un acto de solidaridad en el que la alianza peninsular cobra un relieve especial y actúa con toda profundidad. España y Portugal responden con estas entrevistas a dos ataques: uno, lanzado sobre sus propias estructuras políticas nacionales a través de una campaña propagandística intensísima, y otro, dirigido contra sus estructuras ultramarinas a través no sólo de la propaganda y de la acción política en los medios internacionales, sino por medio de concretos actos de violencia.

Frente a una situación semejante, no ha de verse en la actitud de España y Portugal simplemente a dos regímenes políticos que se defienden, ni siquiera dos posiciones históricas que se resisten a ceder. Es, más bien, una solidaridad que se manifiesta para la defensa del orden; no de «un» orden determinado que pueda estar guiado exclusivamente por el egoísmo y al que el paso del tiempo haya hecho caducar. No. Como bien decía el ministro de Asuntos Exteriores en su discurso en el Palacio das Necessidades, «hemos procurado tener en cuenta el tiempo en que vivimos e incluso adelantarnos a él». Ni España ni Portugal pretenden retrasar ningún proceso

secretario general del Ministerio de Negocios Extranjeros y la señora de Norton de Matos; el director general de Negocios Políticos del Ministerio de Negocios Extranjeros y la señora de Franco Nogueira; el jefe de Protocolo del Ministerio, doctor Alfredo Lencastres de Veiga; el señor Helder Mendonça Cunha y el doctor Pedro Pinto y señora, del Servicio de Protocolo del Ministerio de Negocios Extranjeros; los directores generales españoles de Política Exterior y de la Oficina de Información Diplomática, señores Sedó y Martín-Gamero; la marquesa de Cadaval, la señora viuda de Carneiro Pacheco y la condesa viuda de Castelo Branco.

histórico real, pero lanzan su alarma sobre el peligro de una interrupción o de una aceleración alocada de esos procesos. Por eso ambos países desean preservar el orden, en sus términos más generales, convencidos de que debajo de los ataques lanzados sobre ambos hay una peligrosa carga de subversión y desorden que lo único que pretende es abatir una posición de firmeza en el mundo occidental.

Ni España ni Portugal se sienten merecedores de ese ataque doble que sufren, pues ni sus estructuras políticas internas significan un peligro contra la paz, el orden y la libertad del mundo occidental—como son la de tantos países complacientemente tolerados—ni su obra civilizadora en Ultramar tiene nada que ver con el colonialismo económico del siglo XIX que ahora está siendo desmontado.

Ambos países sienten que en el mundo actual hay no solamente posiciones que defender, y en este sentido repetidas veces Portugal y España han llamado la atención del Occidente sobre el peligro de encerrarse en un puro espíritu defensivo y conservador, que ha dejado la iniciativa al enemigo y se limita a tratar de parar sus ofensivas. En la letra y el espíritu del discurso del señor Castiella, discurso verdaderamente definidor de los encuentros de Lisboa, está el deseo de seguir los caminos del futuro, el ánimo renovador y actuante. España, por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, volvió a proclamar su fe en una política de misión. Y es que, en verdad, la misión está aún por cumplir y el peligro de abatimiento de las estructuras occidentales que se esconde dentro de esa especie de «igualación democrática» a que está sometido el mundo actual no hará más que impedir su cumplimiento. Y nos preguntamos: ¿Es que ya no le queda nada por hacer al Occidente? ¿Es que la esencial igualdad del género humano no sufre, por desgracia, el contraste con una realidad de desigualdades, atrasos milenarios, ignorancia y pobreza ante la cual los países occidentales, con una tradición cultural y civilizadora de siglos, tienen aún mucho que trabajar, guiar y enseñar? La historia del mundo es la historia de los pueblos que, en trance de superioridad, en «forma» histórica, acometieron las grandes empresas. Querer, como hoy se quiere, dejar el mundo abandonado a una igualación por debajo, desjerarquizado, sin guías, es atentar contra un orden que España y Portugal entienden que es consustancial con la supervivencia de nuestra civilización. Frente a ese peligro, la solidaridad peninsular, que tiene sus raíces profundamente hundidas en el pasado de los dos pueblos, ha vuelto a manifestarse con plena firmeza en las conversaciones de Lisboa.

ALFONSO DE LA SERNA.